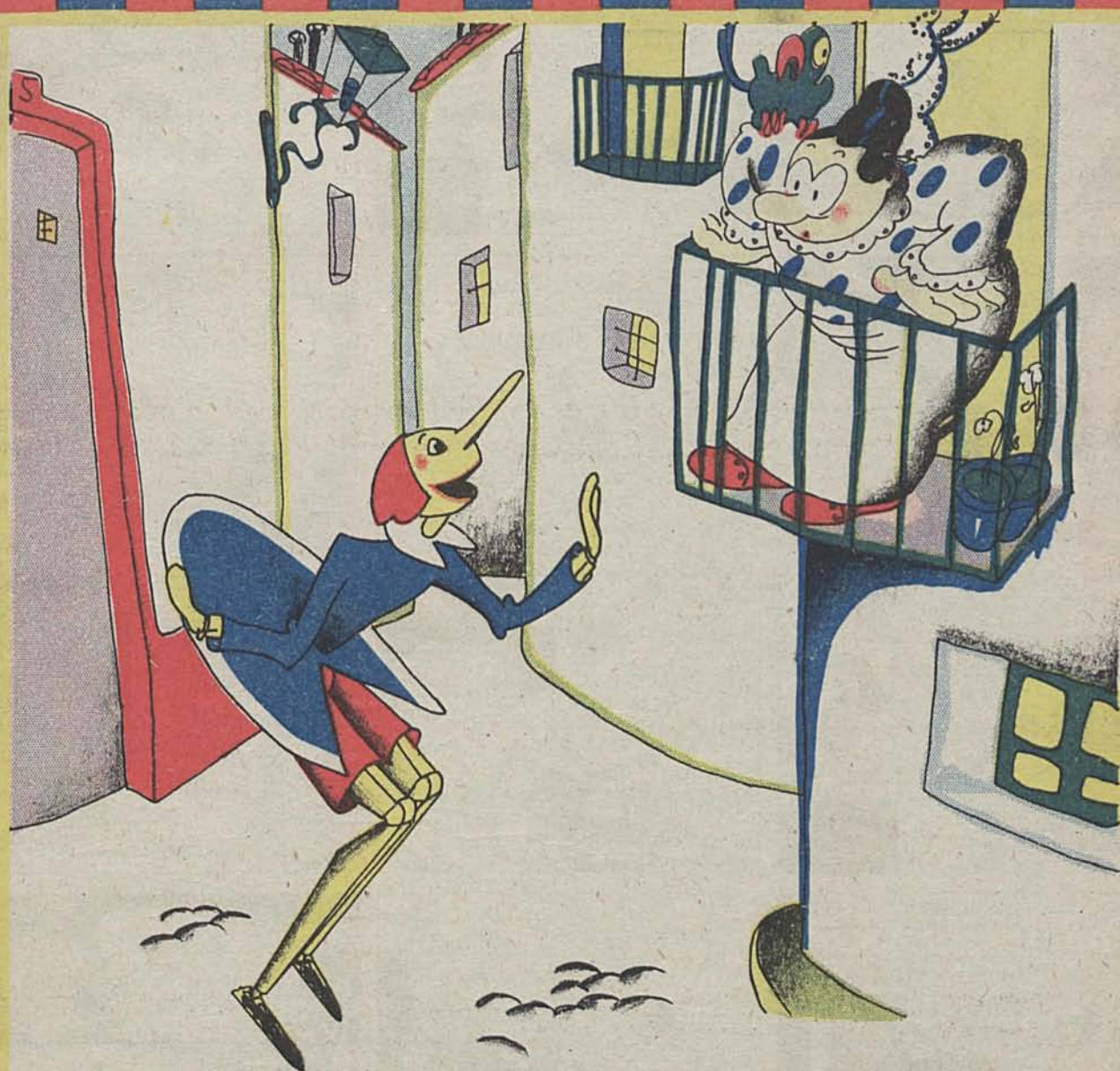


PINOCHO

AÑO VI
NUM. 272

25 cts

4 MAYO
1930



- ¿CUÁNTOS AÑOS TIENE USTED?
- ¡NO RECUERDO! ¡NO VES QUE CUANDO NACÍ ERA MUY PEQUEÑITA!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANOLA Y A. N. BARBIERI

(Continuación)

suceder. Cuando oí los disparos, confieso que tuve un instante la tentación de huir;

pero cierto sentimiento de solidaridad con aquellos inexpertos amigos, y la impaciencia por saber el triste epílogo de la expedición, me contruvieron. Llegaron a la carrera, a campo-traviesa, Armagnac, Fayollet y Foichant. Éste venía herido.

—Y Romaines?—pregunté, temiendo un fin trágico.

—Ha quedado allí. ¡Halal! ¡Halal!—me gritó Armagnac saltando al coche como los demás.

Los gritos de alarma repercutían, agudos y lúgubres, en el silencio de la noche; y un gran rumor de voces y de pasos parecía acercarse rápidamente. No aguardé más. Puse el motor a la cuarta velocidad, y la máquina se precipitó como una sombra monstruosa, a lo largo del camino, alejándose veloz hacia los campos.

Nos detuvimos después de una hora casi de carrera vertiginosa, en un cortijo abandonado a que ya había echado yo el ojo como un refugio momentáneo pero seguro; y allí repartimos el botín. Excluido Garré, que no quiso nada, nos tocaron poco más de doscientos mil francos a cada uno. ¡Una bagatela, como usted ve, por la que parece hoy imposible haber podido arriesgar tanto! Decidióse entonces lo que había que hacer. Armagnac y Fayollet, seguros de no haber sido reconocidos, quisieron volver a Tolón; y con las debidas precauciones les acompañé inmediatamente por medio del automóvil. Armagnac pudo así llegar con tiempo apenas para hacerse hallar en la cama cuando fueron a

llamarle al toque de generala. Fayollet, en cambio, volvió al club de donde había salido para reunirse a mí, y nadie notó siquiera que se hubiera ausentado.

De los otros tres, Foichant no hubiera podido reaparecer en el cuartel con una herida en el brazo, y Larouchy, aunque se hubiera apresurado a embolsar la parte que le correspondía, habíase puesto hosco y sombrío y había declarado que deseaba abandonar Francia en el acto; y luego, Garré se había aferrado a él con la desesperación del náufrago que se agarra al madero que le ha de arrastrar al remolino de las ondas o lanzar sano y salvo a la orilla. Ambos parecían aterrados por la culpa que habían cometido. Mentiría si afirmase que el giro trágico tomado por las cosas no me había también impresionado a mí. Recuerdo que cuando me hube desembarazado también de aquellos tres cómplices peligrosos, marché a Montecarlo y no recobré la calma sino después de dejar sobre la mesa de la ruleta hasta el último escudo de aquel dinero maldito.

Al llegar a este punto, exhaló Kōwaes un largo suspiro, como si aún experimentase en aquel momento el beneficio de su liberación. Luego, se llevó a la boca el cigarro, y advirtiéndolo que estaba apagado, lo volvió a encender con meticuloso esmero, haciéndolo girar de uno y otro lado para que prendiese bien la lumbre.

—Y ¿cómo logró usted hacerles huir?—pregunté, impaciente por conocer el fin de la aventura.

—Les tuve escondidos en un sitio y otro cerca de tres días, hasta que pude hacerles escapar de Saint-Malo en una barca de pesca. Supe después que se habían embarcado para Oriente; que Foichant se había quedado en Aden

y que los otros dos habían proseguido viaje a China.

»Calló Kōwaes. Estiró las piernas y las cruzó de nuevo. Luego continuó, como para acabar.

»—He ahí, mi querido amigo, como acaecieron las cosas. El capitán D'Alimand no entró para nada en el negocio, naturalmente; yo, que tengo el mérito del proyecto, en la ejecución no he tenido sino una parte secundaria, la de mecánico del automóvil; y Larouchy y Garré, a quienes, como difuntos, podría endosárseles toda la culpa, no han tenido en el acto sino una parte pasiva, y en cierto sentido involuntaria, sobre todo Garré. En cuanto a los otros cuatro, uno murió; ¡buenas noches! Fayollet, vil y falso de carácter, no puede ni siquiera haber tenido valor para alzar el revólver, caso de que llevara uno consigo, y habrá sido más bien el primero en escapar; los otros dos, Armagnac y Foichant, son en cambio capaces de cualquier violencia, y creo se deba a ellos la gravedad excepcional del hecho al que debe usted mi visita de esta noche.

»Esta y sólo esta es la verdad, y yo quería que usted la conociera; y le estimaré si sirva transmitirla cuanto antes a su... público y... mi público.

XIII

Segismundo Kōwaes me roba... el oficio

Viendo que Kōwaes callaba, creí que había acabado. Así es que le dije:

—¡Pero eso no es todo! ¿Y el asesinato de Garré? ¿Y el atentado contra D'Alimand hijo?

Pareció no haber oído mis preguntas. Se levantó y dió un paso hacia mi mesa.

—Usted me asegura ¿verdad?—me preguntó a su vez—que tomará nota de mis declaraciones y que las transmitirá a su periódico?

—¡Cuenta usted con ello!—le aseguré, sonriendo ante aquella que parecía su idea fija—No lo dude; no soy yo quien le hace a usted un favor, sino usted quien me presta un señalado servicio. Todo lo que me dice usted será

telefoneado esta misma noche a Milán, a mi periódico, y profusamente publicado mañana en la primera edición; y luego lo reproducirán todos los periódicos del mundo. Las noticias y las anécdotas que se refieren a usted son asuntos rebuscadísimos para nuestras crónicas.

Sonrió otra vez Kōwaes, halagado ante esta atracción periodística de su celebridad mundial. Su rostro adoptó de nuevo aquella expresión serena y jovial que había desechado al relatar-me su participación en el crimen del Arsenal; sólo el pliegue sarcástico de la boca siguió acusando en él la acuidad del espíritu y la tensión de la voluntad. Dió aún algunos pasos, cogió una de las butaquitas adosadas a la pared y la llevó a pulso hasta juntarla con mi escritorio; y allí se estiró cómodamente apoyando los codos en los brazos del mueble y la cabeza en el rollo del respaldo. Así permaneció un par de minutos en silencio, aspirando el humo del tabaco a grandes bocanadas y divirtiéndose después en lanzarlo a lo alto y seguir sus espirales que se perdían en la penumbra, por encima del cerco de luz verdosa difundida por el enchufe de mi mesa de despacho.

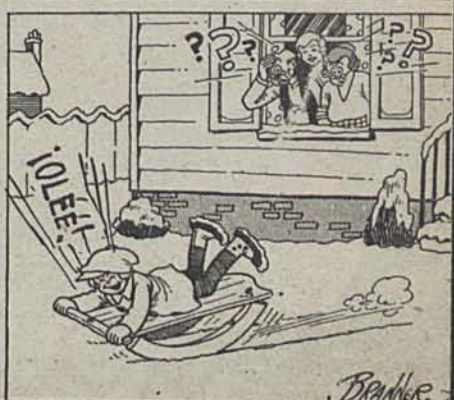
Y reanudando luego su relato prosiguió diciendo:

—Supe por Armagnac que... Pero ¡tenga usted paciencia! Preciso es que sepa usted que yo no había perdido nunca de vista a mis amigos de Tolón, y que hasta me serví de ellos en varias ocasiones. Naturalmente, me veían por su parte tan a gusto como cuando le entra a uno el humo en los ojos. Temían que mi asiduo trato les comprometiera; pero yo tenía bastantes argumentos persuasivos para forzarles a serme propicios. El que primero hizo fortuna fué Foichant: la pesca de perlas le benefició desde un principio, y año por año, su comercio se hizo cada vez más intenso y lucrativo. Un día, necesitando yo entrar en relaciones mercantiles con los señores Klaege y Schlegelmilch, joyeros de Berlín, me dirigí a Foichant para que me prestase una rica colección de perlas que podían

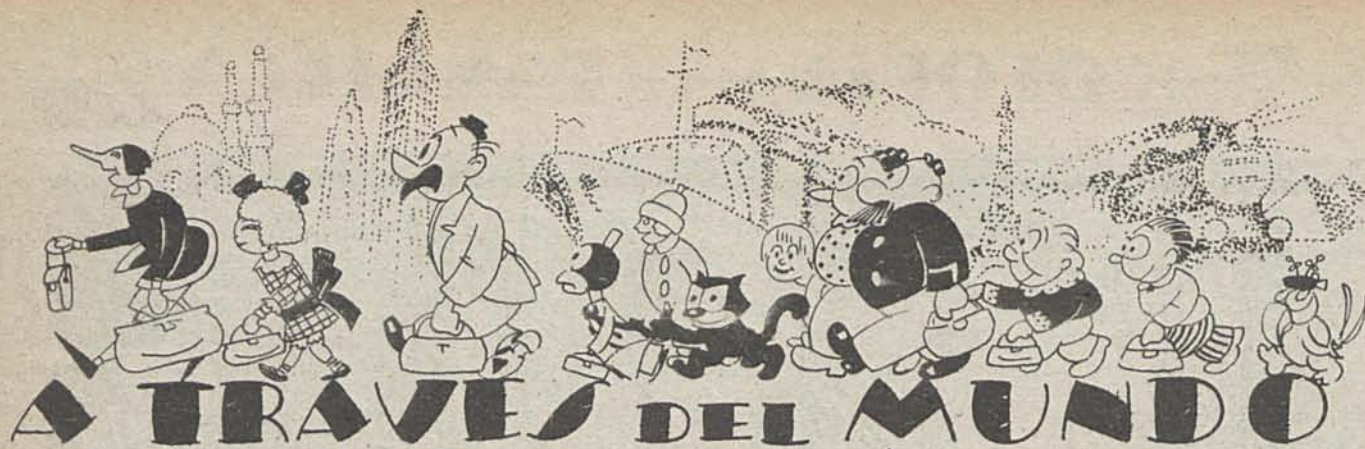
(Continuará en el próximo número)



COLORÍN Y SU PANDILLA



BRANDER



(Continuación)

El gigantesco aerobús se remontó mucho y en muy poco tiempo. Tanto, que a la media hora escasa de comenzar su ascensión se había hecho invisible en el espacio a la vista de los miles de espectadores que acudieron a despedir a los intrépidos expedicionarios.

—¡A ver! ¡Que vengan Chonón y el sabio buho!—exclamaron de pronto todos los aeronautas. Salieron de su cabina los dos personajes cuya presencia se reclamaba tan insistentemente y aparecieron en la terraza donde estaban sus compañeros.

—¡Que hablen, que hablen!—gritaron todos a una.

—Los dos a la vez, no puede ser—, dijo el buho. Si os parece, hablaré yo solo.

—¡Bravo, bravo! ¡Que hable el buho! ¡Que hable!

El aerobús, que al partir de la Tierra parecía tan gigantesco, en relación con la multitud, era ahora menos, muchísimo menos, que un insignificante microbio, comparado con la inmensidad del mundo celeste.

La Tierra aparecía sumida allá en el fondo del espacio como una pelotita de goma.

El buho señalando a esta pelotita les dijo:

—¿Veis aquel mundo minúsculo que brilla allá lejos como una estrella más? Pues aquella es la Tierra.

—No puede ser, no puede ser—exclamó don Turu dando grandes voces—. En aquella esfera tan chiquita no cabemos nosotros. La Tierra es mucho mayor.

—¡Que se calle! ¡que se calle!—gritaron todos.—¡No vale interrumpir!

—La distancia enorme a que nos hallamos nos la hace aparecer tan pequeña—objetó el buho—y aunque al señor don Turu le parezca imposible, aquella es la Tierra.

—Se conoce que se mueve—dijo Chonón—yo creo que antes estaba más hacia la derecha.

—Desde luego—añadió el buho—. La Tierra viaja por el espacio dando vueltas alrededor del sol a una velocidad de 107.150 kilómetros a la hora, haciendo un recorrido anual de 940 millones de kilómetros, y además el sol hace desviar la ruta de la Tierra en otra dirección a la velocidad de 20 kilómetros por segundo, lo cual es causa de que no pasemos jamás dos veces por el mismo sitio.

—¿Entonces no describe la Tierra círculos cerrados?—preguntó Chonón.

—No—, replicó el buho—la Tierra marcha indefinidamente en espiral por el espacio y por el tiempo. Y después de los millones de siglos que dura este viaje ¿En qué punto del Universo se hallará la Tierra actualmente? ¿Hasta dónde habrá llegado? ¿Habrán límites para esta inmensidad?





—Eso digo yo—interrumpió el capitán Corretón—¿dónde estamos? ¿Qué hora es? Tengo un apetito mayor que todo ese inmenso Universo. ¡Tecla! ¡Tecla! ¡a ver esa comida si sale pronto de la cocina!

—Tienes razón, Corretón—añadió el inspector de las lenguas barbas—el vacío del espacio será muy interesante pero el vacío de nuestros estómagos es más interesante aún. ¡Tecla! ¡Tecla!

Y de todas las bocas salió la misma expresiva exclamación ¡Tecla! ¡Tecla!

Pero Teclita no daba señales de existir.

En vista de esta actitud de silencio en que se había colocado la excelente cocinera decidieron todos dirigirse a la cocina.

En realidad tenían razón para reclamar la comida. Se les había abierto a todos un apetito etroz y era lógico que quisieran comer. Por otra parte podían comer y escuchar el discurso del buho a la vez.

¿Qué asombro experimentaron al entrar en la cocina! No estaba allí Tecla sino Tin y Ton que se habían escapado de su jaula, habían sorprendido a Tecla dormida, la habían atado y encerrado en el jaulón.

Ni que decir tiene que en los guisos que Teclita tenía dispuestos para sacar a la mesa habían hecho la Tormenta y el Ciclón grandes destrozos, y de una soberbia tarta de bizcochos, merengues y ron, sólo habían dejado la banderita que coronaba el precioso trabajo de reposaría.

No puede calcularse el número de palos con que Tin y Ton fueron obsequiados por su travesura, pero sí podemos asegurar que la paliza determinó un gran descenso en el aerobús, a consecuencia del aumento de peso que suponía el infinito número de chichones que aparecieron en las cabezas de las dos fieras.

—Comeremos lo que queda—dijo don Turulato—¿qué se le va a hacer!

Sacaron a Tecla de la jaula, volvieron a meter en ella a Tin y a Ton fuertemente atados y se sentaron a la mesa a roer los huesos que casi estaban ya mondos y lirondos.

Tomó de nuevo la palabra el sabio buho y continuó.

Todo el sistema solar viaja en medio de un formidable torbellino de estrellas, torbellino que consta de miles de millones de estrellas y que se llama la Vía Láctea.

—O el caminito de Santiago—añadió Currinche.

—Así es—dijo el buho—. En las noches muy claras esta Vía se nos aparece en el cielo como un inmenso anillo de polvo fosforescente, de cuyo anillo sólo podemos ver la mitad, porque la otra media parte nos la tapa la propia Tierra.

—Pero los que estén en el hemisferio opuesto—preguntó Chonón—sí que verán esa mitad.

—Naturalmente—aclaró el buho—pero en cambio no verán la otra, la que ven los del hemisferio contrario. Para ver perfectamente todo este grandioso anillo hacía falta estar situado en un punto flotante del espacio tan pequeño como el propio observador.

En este anillo, cada grano de polvillo fosforescente es un sol lejano rodeado de su corte de planetas, y estos a su vez de infinitos satélites. El plano imaginario en que se apoya este anillo tiene una inclinación de sesenta y dos grados sobre el plano ecuatorial.

De pronto, el aerobús comenzó a cabecear como un barco agitado por las aguas.

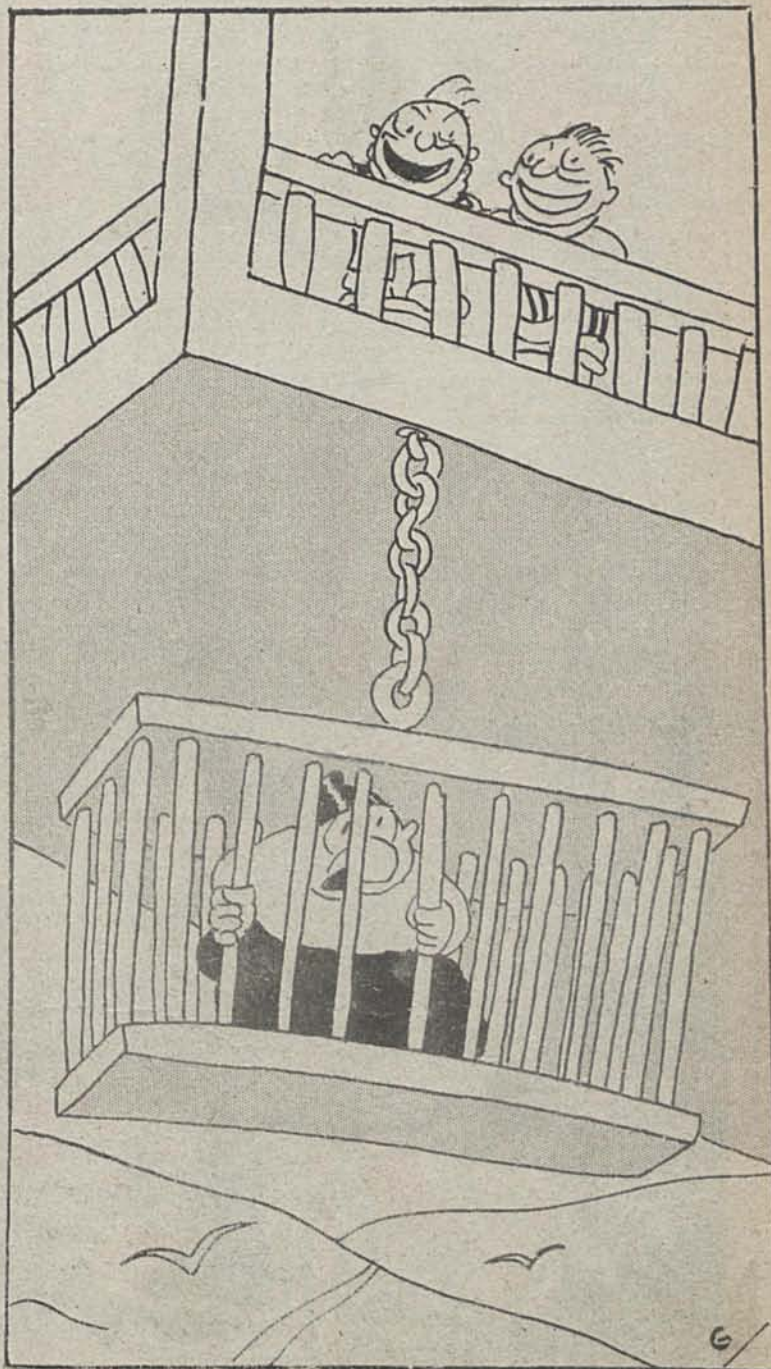
—¿Qué pasa?—preguntó el capitán Corretón—. ¿Hay temporal?

—¡Son esas fieras!—dijo don Turulato—que se están columpiando dentro de la jaula.

En efecto, el jaulón, a impulso de los esfuerzos de los chicos danzaban de un lado a otro como si fuera un péndulo.

Corretón asomó unas enormes tijeras, hizo ademán de cortar la cuerda que suspendía la jaula y Tin y Ton se quedaron quietos. El aerobús dejó de cabecear.

(Continuad.)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



MIRA, NIÑO; HOY NO ESTOY PARA HABLAR
CON NADIE. ME HE LEVANTADO CON UN
HUMOR DE PERROS

PUES A UN SERVIDOR
NO SÉ QUÉ MOSCA LE HABRA PICA-
DO PERO ESTOY QUE BUFO



¡A PASEAR Y A CALLAR! HOY NO SE HA-
BLA NI MEDIA PALABRA!

¡SILENCIO! ¡HOY NO SE
DICE NI PIO!



PROHIBIDO HABLAR ¿EH?

TERMINANTE-
MENTE PROHI-
BIDO



EL PRIMERO QUE HABLE SE GANARÁ
UN CAPÓN

UN SERVIDOR NO SE GANA-
RÁ EL CAPÓN PORQUE NO
HABLO NI UNA PALABRA



YO ESTOY MUDO
DE REMATE

Y YO HE PER-
DIDO EL HA-
BLA PARA
SIEMPRE



A MÍ NO HAY QUIEN ME
HAGA HABLAR, HOY

NIA MÍ
TAMPOCO



¡SOCORROO!



¡AY CURRINCHE!

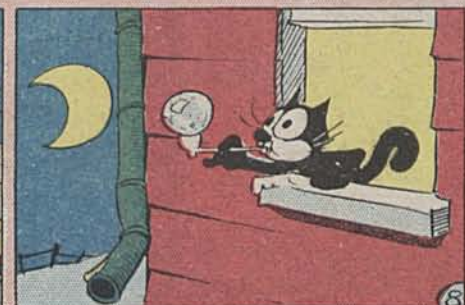
¡AY DON TURU!



**LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA**



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

EL PAIS DE LOS CANGREJOS

Castillo



UNA vez estaba paseándome por la orilla de un río caudaloso cuando un cangrejo salió del agua y se dirigió hacia mí.

—¡Vaya!—pensé—: poco es; pero lo que es este cangrejito va a darle sabor al cocido de mi casa.

Fuí a cogerle por la cola, extendiendo la mano con el índice y pulgar muy abiertos, y, al coger el cangrejo, oigo que me dice:

—¿Es usted escritor?

—¡Zambombal!—exclamé asustado

—¡Un cangrejo que habla!

—Sí, señor.

—Bueno, caballero cangrejo; y ¿a quién tengo el honor de hablar? ¿Es usted algún Príncipe encantado, o la criada de su casa, o un boxeador aburrido de quedar siempre Knock-out?

—Pues verá usted. Soy de las principales familias de mi casta, y, como habrá usted visto, de lo más ilustrado de ella. Verdad es que soy farmacéutico por oposición, con casa abierta en el río.

—Fresquita estará la casa.

—No lo crea usted; en invierno tengo brasero y los amigos nos reunimos en la rebotica a jugar al tresillo. Se pasa el rato, puede usted creerme. Pero vamos al grano. El objeto de mi pregunta era el siguiente: si es usted escritor, podría prestarnos un señalado servicio. Ya sabe usted que la gente indocta, y no poca que pasa por ilustrada, se ha empeñado en decir que nosotros andamos hacia atrás; y como el hecho no es cierto, yo quería que hiciera usted el favor de rectificarlo, y que cada cual quede como merece. Es más: hubo un estudiante que al examinarse dijo que el cangrejo «es un pez encarnado que anda hacia atrás». Y es claro; ni somos peces, ni encarnados, ni andamos hacia atrás; de modo que se lució el definidor, que, al decir que somos rojos, demostraba que no nos conocía sino cocidos.

—Bueno, complaceré a usted; y ¿qué más desea?

—Si usted fuera tan amable que quisiera visitarnos, se lo agradeceríamos mucho.

—Yo, de muy buena gana; pero si me tiro al río y vuelvo a casa hecho una sopa, ¡jujue usted lo que dirá la familia!

—A prevención le traigo a usted este trajecito. Póngaselo encima del gabán y no tenga cuidado.

Con una de las patas me alargó una pequeña cosa, que al principio no supe qué era: lo deslie, y vi que era una especie de tela impermeable, pero finísima,

tanto, que en el tamaño de una avellana había arrollados sus ocho metros de tejido. Púsemelo, y al instante el capuchón se encogió con fuerza irresistible y empecé a achicarme de un modo aterrador. Grité, asustado; quise quitarme el traje, pero todo fué inútil, y al cabo de cinco minutos me encontré del tamaño de un gran cangrejo, y forrado de cangrejo con tanta propiedad, que yo mismo llegué a dudar si lo era.

—¡Vaya!—dijo mi acompañante—, ya está usted listo; de modo que vamos a comenzar la visita.

Y sin decir más se acercó al agua y se zambulló en el río.

Francamente, a mí me daba miedo echarme al agua, pero oí tras de mí una voz que decía:

—¡Vaya un cangrejo hermoso!

¡Échale manol!

—Me ví perdido por mi propia hermosura, y, eligiendo de dos males el menor, me zambullí precipitadamente, prefiriendo ahogarme en agua fría a cocerme en agua caliente.

Pronto llegamos a un agujero, más negro que la conciencia de un malvado, y penetramos en él resueltamente. A la entrada había unos cuantos cangrejos militares armados, y, poniéndonos la bayoneta al pecho, nos pidieron el santo y seña. Yo me quedé mudo; pero mi compañero dió la contraseña, que era:

—¡Abajo las paellas!

Y nos dejaron la entrada franca.

—Estamos en guerra—dijo mi guía—con otra tribu





de cangrejos, muy malas personas, y por eso hay que tomar precauciones.

Seguimos adelante, y a poco entramos en una gran cavidad llena de luz; y, ¡cosa extraña!, la luz la daba el agua repartida aquí y allá en grandísimos estanques. Era agua fosforescente por una porción de pequeñísimos animalillos que casi no se veían, y eran en el agua lo que las luciérnagas en la tierra. Mucho me admiró lo que ví. Alrededor de la plaza había unas casitas de piedra y argamasa, todas iguales y de forma bastante bonita, y en cuyas fachadas había grandes rótulos. En uno se leía: «Médico especialista en la dentición—Consulta permanente—Veterinario titular para los aficionados.» Otro: «Escuela y azotadero público.»

—Hombre—le dije—, ¿podemos visitar la escuela?

—¡Ya lo creo! Soy muy amigo del preceptor, y nos recibirá bien.

Entramos, y ví una gran sala llena de bancos, donde estaban sentados hasta cuatrocientos cangrejos muy monos. Las paredes estaban llenas de carteles y muestras. El maestro, que era un cangrejo con gafas, se levantó de su sillón en cuanto nos vió entrar, y, me examinó atentamente. Informado de quién era, se apresuró a enseñarme todos los enseres de la escuela.

El sistema de enseñanza era el Froebel, perfeccionado por un célebre cangrejo pedagogo que se llamaba *Tomatirris*. Los libros de la escuela eran de la casa Calleja, lo cual me admiró sobremanera. Aplaudílo todo y salí de allí para seguir visitando la población. Ya me iba acostumblando a manejar aquellas patatas, y andaba con cierta soltura y garbo, lo cual, unido a mi tamaño, casi doble del de los demás, me daba un aspecto imponente y majestuoso. Al entrar en el Congreso, levantóse un murmullo de lisonjera admiración hacia mi persona, y en poco estuvo que no me proclamaran presidente; pero,

a decir verdad, yo tenía ya prisa de salir al aire libre.

Así fué que, después de visitar rápidamente el palacio de los Monarcas y ser recibido en audiencia particular por el Rey, me despedí de él para volver a Madrid.

—Ya que vuelve usted a la corte—me dijo—, yo le rogaría que llevara usted un recuerdo mío

—Con mucho gusto—exclamé.

—Pues vaya usted a la calle de Cuchilleros, número tantos, y pregunte por don Macario Chupacharcos; es mi padre. Le da usted recuerdos míos, y le dice que siento no poder ir en persona; pero que ya le mandaré unas cuantas docenas de súbditos míos para que se los coma a mi salud.

—Pero usted ¿no es cangrejo?—pregunté.

—Ni pensarlo. ¿Por qué cree usted que los cangrejos hablan castellano? Porque se lo he enseñado yo. Y crea usted, amigo, que tan mal me fué de persona, que estoy encantado de seguir siendo cangrejo y ejercer entre ellos mi autoridad. Cuando usted se aburra, véngase con nosotros.

Despedíme del Monarca, y, acompañado de mi amigo el farmacéutico, volví a la orilla del río; allí me ayudó a quitarme el traje, y reconocí con placer que mi vestido estaba intacto. Cuando me pidió el de cangrejo,

quedé un poco pensativo, y de pronto dije:

Mi amigo, ese traje lo guardo como recuerdo de la excursión, y, además... por si acaso vuelvo.

—Usted volverá, mi amigo—respondió el farmacéutico—. Porque, en confianza, sepa usted que, quizá entre todos los que ha visto usted ahí, no hay un cangrejo de veras.

—Y ¿cómo es eso?

—Son gente aburrída de la ingratitud del prójimo, que se han refugiado bajo el agua. Conque, hasta la vista.

Nos estrechamos con efusión las manos, y cada cual se fué por distinto sitio; él al agua y yo a mi casa, donde me aguardaban con impaciencia. Allí expliqué mi excursión, y no me creyeron, y yo acabé por dudar también. ¡Quién sabe si todo eso lo habré soñado!

Muchas moralejas pueden sacarse de esta relación; pero, por lo mismo, prefiero que cada cual deduzca lo que mejor le parezca.

FIN



ANITA BUEN- CORAZON



¡HACE OCHO DIAS QUE NO VENIAN PERIÓDICOS POR AQUI! HE COMPRADO TODOS LOS ATRASADOS!



¡COMO LOS LEA TODOS, VOY A TENER LECTURA PARA TODA ESTA TARDE!



¡EMPEZAREMOS POR EL MÁS ANTIGUO! ¡AQUI DICE "SECCIÓN POLÍTICA" ... DEJEMOS ESU...!



¡CARAMBA! ¡AQUI HABLA DE LA LOTERIA Y DICE QUE EL SORTEO SE CELEBRARA EL DIA DIEZ!



¡CORRE PELUCHO, VAMOS A VER EN EL CALENDARIO CUANTOS DIAS FALTAN HASTA EL DIEZ!



¡DEMONTRE! ¡SI EL DIA DIEZ ES MAÑANA!



¡YO TENIA INTERÉS E ILUSIÓN POR JUGAR EN ESTA LOTERIA!



¡AUN HAY TIEMPO, Y SI ME TOCA EL PREMIO MAYOR, VERAS QUE OBSEQUIOS TE HAGO!



¡VOY A POR MIS AHORROS PARA IR A COMPRAR UN DÉCIMO!



¡YA ESTOY PENSANDO LO QUE VOY A HACER CON EL DINERO DEL PREMIO MAYOR!



¡POR LO PRONTO COMPRARE UN AUTOMOVIL, O DOS, POR SI SE ESTROPEA UNO!



¡PELUCHO; NOTENGO DINERO SUFICIENTE PARA COMPRAR EL DÉCIMO! ¡POR ESO NO HAY QUE HACERSE ILUSIONES EN ESTA VIDA CON EL PORVENIR!



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1929, by The Chicago Tribune

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MAYO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



El auto de Pinocho
Luis Sanz de Andino



Un gitano
por José Arias



El reloj de mi
piano
Leonor Mampaso



¿Dónde está el hacha?
A. Bobo



El primo de
colorín



¿Los conoces?
Tomás B.



Turista
Lolita González
11 años



Retrato
Gonzalito Navarro



Marina
Un desconocido



El do de pecho
Manrique González



Mi burro.—Juan Barceló



El golf.—Carmen Dalman



Los patitos de mi casa de campo
Elena Robles



El canto de Pinocho.—

Pilar Vigo, 13 años



Perrito Xaudaró
Leonor Mampaso



Don Turu
Tomás B. S.



Currinche
por el dibujante
desconocido



Escena catalana.—Enrique Arias



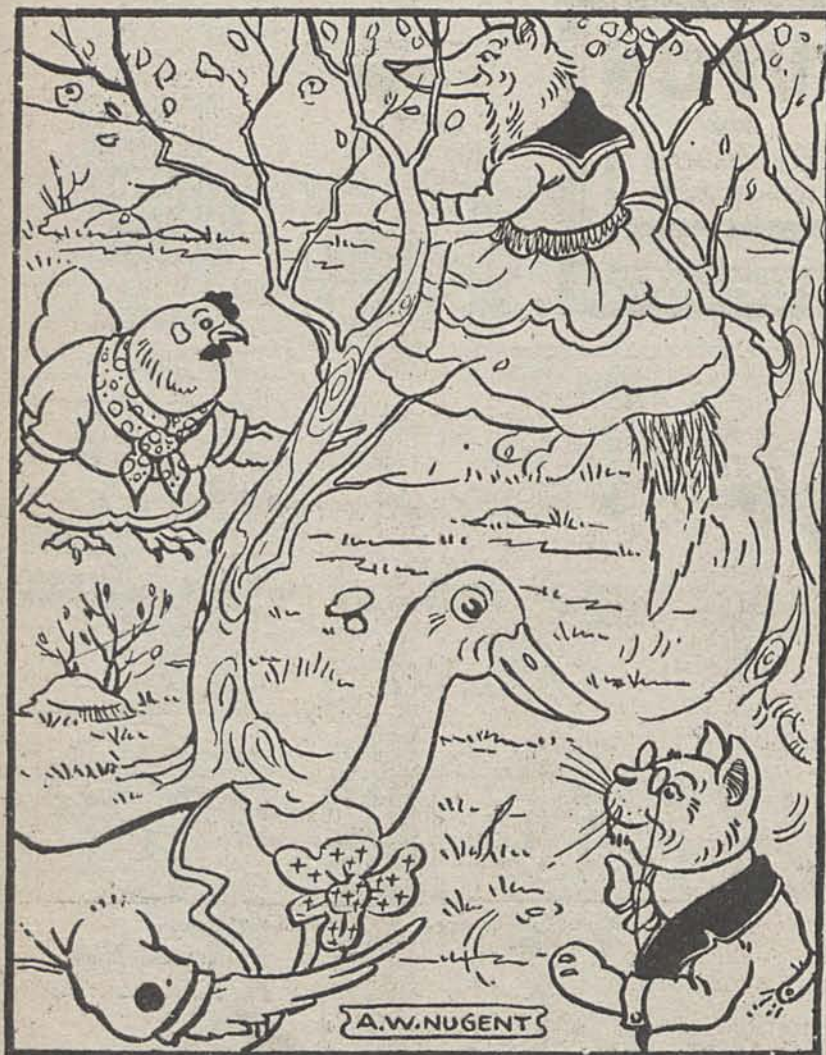
Pinocho
Ketty Camisón



CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL GALLO



Si unís por medio de rayas los números y las letras del dibujo que veis aquí debajo averiguaréis inmediatamente cuáles son pero tened en cuenta que en las letras, que como veréis son todas las del abecedario, faltan dos. ¿Podéis indicar cuáles son?

CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES DE MAYO 272

Envío del Pinochista D.

.....

.....

.....

En cierta ocasión y en un acreditado corral de una célebre capital de provincia vivía un gallo tan dicharachero, tan afable y tan simpático que se ganaba la confianza de todos cuantos le trataban con sólo unos minutos de conversación...

... Pero tenía un defecto y este defecto era el de ser muy bromista. Le gustaba gastar bromas extraordinariamente. Por una broma era capaz de jugarse la vida...

Y aquí le tenéis en el dibujo, escondido, y riéndose porque sus restantes compañeros de corral no le ven.

Menos mal que vosotros sois más listos que ellos y le encontraréis en seguida.

LOS DOS ANIMALES MISTERIOSOS



CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASA- TIEMPOS DEL MES DE NOVIEMBRE

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

Primer premio.—Rafael Ayllón.
Segundo premio.—María Luisa Brunet.
Tercer premio.—Renato Alfonso.
Cuarto premio.—Julia de la Fuente.
Quinto premio.—María Paz F. de Gamboa.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

Enrique Castillo, Matías Solferino, Antonio Iparraguirre, Cosme Betanzos, Rosario Mochón, Pepito Fontiveros, Aurelio y Olga Perlacio, Alicia de Casariego, Casimiro de Fuentelapeña, Venancio del Río, Carmelo Gómez, Antolín del Olmo, Norbertito Novella, Federico Novella, César y Raimundo Galindo, Olegario Pastrana, Fausto Roviroso y Secundino Vilalón.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

PREMIOS A LA COLABORACION PI- NOCHISTA DEL MES DE NOVIEMBRE

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

Primer premio.—Pedro de la Llave.
Segundo premio.—María Eugenia y Polin Blanch.
Tercer premio.—Juan E. Verdesoto.
Cuarto premio.—Alfredo Schulz.
Quinto premio.—Reinaldo J.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

C. Piquero, Alberto L. Arbones, Ximpa IV, Margarita García Conde, Jaime Navarra, Paco Pino, Alfredo B. Beauregard, Lolita Fernández, Juanita Bravo, Luis Hidalgo, Eduardo Moyano, Ricardo del Alcázar, Germán González, Robertín Soler, M. Elena Enguera, Alfonso Calvo, Julián Orcazarán, Elvira García, Pepito Feliu, M.^a Isabel Pérez, José Ríos, José M.^a Álvarez Cascos, Lola Muñoz, Nicolás Moya, Eduardo Acaso, Enayabito García Abalos, José Luis Gabriel, M. Carmen Sevillano, Jon Iñaki Gomeza y Amadito Carreras.



CORRESPONDENCIA

Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.



MERCEDITAS REY.—Tu carta me ha llenado de alegría. Tenía muchísimas, muchísimas ganas de saber de ti, mi queridísima Merceditas. El cariño, la admiración y otros sentimientos muy gratos, que tu recuerdo inspira en esta familia pinochista, no han dejado pasar los reproches que me diriges. Ya sé que también éstos son fruto de los mismos sentimientos ¿verdad Merceditas? Pinocho es siempre siempre el mismo y ni el tiempo ni la distancia podrán nunca, nunca, nunca hacer mella alguna en su corazóncito de madera. Anota esto y recibe de todos un mundo de cariñosos abrazos.

RAMÓN MÉNDEZ.—Recibidas tus soluciones. Muy bien por la pulcritud, orden y claridad que has puesto en ellas. Ya veremos el Consejo pinochista qué resuelve cuando el fallo. Tuyo incondicional.

LUISITO SANZ.—Estupendísimamente bien tus maravillosos dibujos. Me encanta la seguridad de tu trazo y la simplicidad de las líneas. Te felicito porque eres una promesa del arte. Mándame cosas y recibe a cambio abrazos muy apretados de tu gran amigo.

JOSÉ M.^a LAPETRA.—Yo no sé de eso ni media palabra. No intervengo en los fallos, querido Pepito. Ni puedo hacer siquiera ninguna recomendación porque ¡son tantísimos los amigos a quienes yo recomendaría! Hazte cuenta que yo quiero por igual a todos mis pinochistas y así podrás darte una idea de lo que yo sería si me pusiera a recomendar. Por eso el Gran Consejo encargado de hacer los fallos me tiene prohibido que asome mis largas narices por su despacho. Siempre tuyo incondicional.

MARGARITA ARGÜESO.—¡Tan lindos que son tus dibujos y no puedo publicar ni uno tan siquiera! Ya comprenderás que la culpa no es mía, sino exclusivamente tuya, que por olvido o distracción los has hecho con lápiz y no hay forma de reproducirlos. Un disgusto más que me llevo y una advertencia, tantas veces hecha, que no ha surtido efecto. Repítelos con tinta y envíamelos, que son muy bonitos. Pirula agradece tus recuerdos que te devuelve con mucho cariño.

CRUZ GÓMEZ.—Le han gustado extraordinariamente tus trabajos a Pirula y a nosotros, mucho más que extraordinariamente los bombones de nata que ha hecho de acuerdo con tú fórmula. Baste decirte que a Tin y a Ton se les han quedado los dedos como pabillos de tanto chupárselos. Irá la fórmula en su día porque es cosa rica. Muchos abrazos, simpática Cruz y nuestra más cordial enhorabuena por tus excelentes dotes en el arte de la repostería y bombonería.

ROMUALDO SHTURGER.—No puedo publicar cuentos porque hay que dejar espacio a los dibujos que son muchísimos. Y lo siento de todo corazón porque hay trabajos, como el tuyo, que merecerían publicarse con letras de oro. No obstante lo guardo y si hubiese una oportunidad... Siempre, siempre tuyo incondicional.

ANTONIO PELLICO.—Tus tres dibujos son tres maravillas artísticas. Mi retrato, el de don Turu y el de Morronguis son tres aciertos que te revelan como una gran promesa en el arte de Goya. Mi felicitación y un abrazo muy fuerte de tu gran amigo.

EDUARDO RENSCHAW.—Tu amigo don Turulato está magníficamente encantado de tu obra y me la ha dado con gran interés para que se publique en las páginas de mi revista. Ni que decir tiene que tú y don Turu saldréis complacidos. ¿Cómo no, si el dibujo es admirable? Fortísimos abrazos de tu incondicional.

Sección Pirula



Charles de Pirula... bordadora

ALICIA BORDA UN VESTIDO

«¡Uf!» exclama Alicia, y lanza un suspiro de alivio y de satisfacción.

¿Qué le ha pasado? ¿Se habrá quitado unos zapatos que le

lastimaban los pies? ¿habrá llegado a la última página de una de esas novelas tristonas y aburridas que se leen a regañadientes, solamente porque se han empezado y se quiere saber lo que sucede al final? O será que ha salido bien de la clase de Matemáticas a la que le tenía un pánico terrible, ella sabrá por qué? (Ella lo sabrá y yo también sé que el pánico era porque no se había estudiado la lección como es debido.)

Si, todo eso le ha sucedido a Alicia, pero este «¡Uf!» que acaba de lanzar es por otra cosa; es porque acaba de dar la última puntada a una labor emprendida desde hacia nada menos que cinco meses y pico (Un pico de veintitantos días.)

Pero ¡hay que ver qué labor! Justifica la tardanza en llevarla a cabo y justifica el suspiro de alivio al terminarla; se trata de un lindísimo vestido de organdí rosa pálido, finamente bordado «a la inglesa», y cuya falda termina además con unas anchas ondas festoneadas.

Si, la labor es delicadísima y está muy bien hecha; el vestido resulta una verdadera preciosidad y Alicia, cuando se lo ponga, estará hecha... otra monería.

Y no habrá quien, al saber que todo lo ha bordado ella solita, no se admire de su aplicación y de su habilidad.

Si, bien ganado tiene Alicia el derecho a sentirse ufana con su vestido de organdí.

Pero en cambio ha quedado empachada de bordar vestidos «para una eternidad» según afirma. (Certo que las «eternidades» de las señoritas cuya edad apenas pasa de los diez años, no suelen ser muy largas.)



Así es que no quiero imaginar el sobresalto de Alicia, cuando vea que lo que hoy propongo a mis Pirulindas, es... bordarse un vestido.

¿Otros cinco meses y pico de trabajar como una negra?—exclamará sin duda—¡Muchas gracias!

No se merecen. Pero no se trata, ni de «trabajar como una negra» (no sé hasta qué punto acostumbran las negras que viven en African, en estado semi-salvaje, a bordarse vestidos de organdí; y las que viven y visten como blancas, supongo yo que como blancas trabajarán también), ni de tardar mucho tiempo en la labor.

Este vestido es «bordable», en bastante menos de cinco meses y aun de cinco semanas, y de cinco días y, si me apuráis mucho, diré que puede bordarse en menos de cinco horas.

A pesar de esto resultará tan bonito como el de Alicia, pero claro que en otro estilo; el de organdí bordado «a la inglesa» es un traje de mucho vestir, que Alicia reserva para cuando acude a alguna reunión infantil y que hará seguramente un papel magnífico este verano, en las fiestas del Casino de la playa donde los papás de Alicia la llevan a veranear.

En cambio, el vestido mío...

(¡Oh! perdón, he querido decir el vestido cuyo modelo de bordado os presento yo; pero este vestido no es mío, ni yo lo he de llevar, pues siendo como ya sabéis que soy una sencilla pepona sin lujos ni coqueterías, mi guardarropa se compone exclusivamente del delantalito de cretona a cuadros azules y blancos que todas conocéis; y os aseguro que estoy encantada así y que disfruto mucho más ideando perifollos para mis Pirulindas que si hubiera de lucirlos yo.)

... será un traje de diario; ahora que puede no ser menos elegante que si fuera de encajes, como no es menos sabroso un filete de ternera que un pastel de crema, aunque uno sea un postre y el otro no.

Elegiréis una tela práctica como la vuela de algodón, el crespón de lana, la sarga, y, mejor que ninguna, la *toile* de hilo, que es la más resistente y la que más de moda va a estar este verano para vestidos de niña o de mamá, así como también para sombreros.

Si preferís un tejido de seda, que sea un tussor, una *toile* de seda, u otra tela práctica por el estilo, pues este género de bordados no «pega» con el crespón de China, el *Georgette* o el tafetán.

El bordado — del cual os presento tres dibujos diferentes — debe hacerse en lana o en algodón perlé y para que resulte bien, debe ser en varios colores vivos—verde, rojo, amarillo, azulina— si el vestido es blanco o de un color oscuro o neutro; y si el vestido es de un color vivo, puede bordarse en un solo tono oscuro: por ejemplo azul marino, marrón, negro, o sobre un vestido verde almendra, rosa fuerte, amarillo limón, o azulina.

Como puede verse, el bordado se hace a punto de cruz y a punto «lanzado»; y para que salga con toda regularidad, es indispensable utilizar un cañamazo, cuyos hilos son facilísimos de sacar una vez terminada la labor.

... que será muy pronto; tanto que no se os ocurrirá al dar la última puntada lanzar ningún «uf» de satisfacción.



PRINTED IN SPAIN

Ayuntamiento de Madrid